

La coleccionista de muñecas

Rubén Fernández Páez



La coleccionista
de muñecas

Rubén
Fernández

Capítulo 1

Autor: Rubén Fernández

Fecha publicación: 19 de septiembre de 2019

En esta vida, hay todo tipos de hobby. Hay personas a las que le gusta leer, a otros les gusta escribir sus ideas y sus fantasías, aunque, normalmente, esos dos, lector y escritor suelen ir cogidos de la mano. Luego, hay otros a los que le gusta jugar a videojuegos, y otros muchos a los que les gusta disfrutar del cine y de las series.

Todos tenemos algún o algunos hobbies, y Verónica no era una excepción.

El hobby de Verónica Martines Roldan, no era otro que coleccionar muñecas de porcelana, todo tipo de muñecas de porcelana. Tenía muñecas con vestidos actuales, y con unos ojos grandes como piedras. También tenía muchas muñecas de la era moderna, y muchas otras de la era victoriana.

Verónica llevaba coleccionando muñecas desde los ocho años, edad con la que su padre se marchó, abandonando a su hija y a su madre por otra mujer.

Primero empezó con las famosas princesas *Disney*, años después, lo hizo con las *Barbies*, y luego, y, por último, con las muñecas de porcelana, y según su idea, ese cambio de colección sería el ultimo durante toda su vida.

Cuando la gente le preguntaba la razón por la que coleccionaba muñecas, ella solo respondía con tres palabras: "*Porque me gusta*". Esas eran las únicas palabras que decía siempre que alguien le preguntaba, "*Porque me gusta*" Aunque, la gente y los vecinos siempre tenían sus propias teorías. La más común, era que lo hacía para rellenar el vacío que le había dejado su padre, cosa que no era cierta, ella ya ni siquiera se acordaba de el, no recordaba su aspecto, ni los buenos recuerdos que habia vivido junto a el, si había alguno.

Desconocía el motivo por el que se marchó y lo cierto es que no le interesaba lo más mínimo. Para ella, la única familia que tenía, eran dos personas. Su madre, y el pequeño regalo que había dejado su padre en la casa, y que nunca llego a conocer. Su hermano Jesús.

Cuando Inés Roldan Suarez (La madre de Verónica) descubrió que estaba embarazada, tuvo que tomar una elección. Abortar y no tener a la criatura, o la segunda, tenerlo y no hablarle jamás de su padre, y en caso de que algún día le preguntara por él, se limitaría a decirle que se marchó, nada más.

Después de estudiar las dos opciones, decidió tener al bebe.

A pesar de que le faltaba un miembro de la familia, los tres fueron felices. Inés pudo encontrar un trabajo en el que pagaban bastante bien. Además, había conseguido un buen horario, haciendo que no solo tuviera un buen salario, sino que también tuviera tiempo de cuidar a sus hijos.

Verónica siguió creciendo y se convirtió en una estudiante ejemplar, todo el mundo la admiraba y sentían celos de ella. Además, consiguió un pequeño empleo en una panadería. Trabajaba solo los fines de semana durante unas horas, pero gracias a eso conseguía reunir el dinero suficiente para comprarse alguna muñeca.

Jesús creció, dejando buenos recuerdos en su madre y en su hermana. En la escuela, tenía hecho su grupo de amigos, y de vez en cuando hacia alguna que otra gamberrada, pero nada grave, nada que otros niños no hicieran.

Si, la familia había conseguido ser feliz, pero no fue una felicidad duradera. Consiguieron ser felices hasta el 6 de marzo de 2019, el día en que Jesús, con tal solo siete años de edad, murió. Un niño los abatió a tiros junto a tres personas más.

A su debido tiempo, la policía y los especialistas que dirigieron el caso le dijeron que su hijo había muerto por haber acosado diariamente al muchacho que cometió los asesinatos, pero ninguna de las dos llegó a aceptar aquella historia.

Fueron tiempos difíciles, pero poco a poco la herida fue sanando y siguieron de nuevo con sus vidas, aunque ambas, echaban de menos las risas y los gritos de Jesús.

Tuvo que pasar un año para que todo volviera a ser más o menos como antes.

Actualmente, Inés sigue trabajando, pero ahora con un horario distinto, pero no le molesto en absoluto que se lo cambiaran. Jesús ya no estaba y su hija, a pesar de tener 15 años, era una chica responsable e independiente.

Verónica estaba a punto de terminar 3 de ESO, le faltaba tan solo mes y medio para que les entregara las notas, y pasara a cuarto sin ningún

problema. Mes y medio para que las clases terminaran, y el verano empezara. Y es en este punto, es donde empieza nuestra historia.

Capítulo 2

Verónica era una chica delgada, pálida de piel, con ojos castaños, y con un bonito pelo rubio que le llegaba hasta la espalda. Nunca quería cortárselo, por esa razón siempre lo tenía recogido con una gomilla morada. A pesar de estar delgada, tenía unas piernas bonitas y suaves que hacían juego con sus caderas y con el resto de su cuerpo. Era una chica la mar de atractiva, y todas las alumnas de su instituto estaban celosas de su cuerpo, y los alumnos... Los alumnos la consideraban una diosa caída del cielo.

Era por la tarde, y Verónica había ido a comprarse una nueva muñeca, había tardado tres semanas en conseguir el dinero, y no había tenido tiempo de ir a comprarlo hasta aquella tarde.

Las muñecas siempre las compraba en una tienda llamada *La tienda de las muñecas*. Era una tienda especializada en muñecas de porcelana, si deseabas comprar muñecas, vestidos para muñecas, o si querías arreglarlas en caso de que ocurriera una desgracia, por imposible que suene, aquella tienda era la ideal, pero por lastima de Verónica, aquel día, la tienda estaba cerrada.

- ¡Mierda! Exclamo al leer el cartel que había en las persianas.

Cerrado hasta nuevo aviso.

Al leer el cartel, se derrumbó, pensó que había estado ahorrando para nada, pero rápidamente descarto aquella idea, no tenía porque ser así. *En el cartel pone, "cerrado hasta nuevo aviso", no "cerrado permanentemente".- Penso para si.- siempre puedo conservar el dinero hasta que la tienda abra de nuevo.*

Verónica lanzo un largo suspiro y se preparó para volver a su casa, pero no ando más de cinco pasos cuando algo le llamo la atención en el otro lado de la carretera. Se giro y lo que vio al otro lado era una tienda que nunca había estado allí. El nombre de la tienda era *Los objetos de la anciana*.

Verónica al ver el nombre no pudo evitar reírse de la tienda, por un momento pensó que en aquella tienda venderían todo tipo de aparatos sexuales. Una vez aquel pensamiento desapareció de su cabeza, miro la tienda durante un largo rato. Parecía oscura, y la verdad es que no producía muy buenas vibraciones, pero aun así decidió acercarse. *No pierdo nada por echar un vistazo.* Pensó.

Miro a un lado y a otro de la carretera y al ver que no venían ningún coche, cruzo, y se arrimó a uno de los escaparates de la tienda. Desde

lejos parecía que la tienda no producía muy buenas vibraciones, pues de cerca tampoco. En el escaparate había cosas muy raras. Había un libro viejo, con una inscripción que Verónica no sabía leer, pensó que podría tratarse del latín. Había también una mano cortada, podrida y momificada que levantaba tres dedos, el índice, el medio y el anular. Había muchas otras cosas, pero ninguna agradaba a Verónica a primera vista.

Aun así, decidió echar un vistazo al interior de la tienda, porque sabía que no perdería nada si lo hacía.

En el interior de la tienda no había mucha luminosidad, la poca luz que había, las provocaban las velas que había repartidas por toda la tienda. Había varios estantes repartidos por toda la tienda, cada uno con varios objetos raros y peculiares. Verónica no había comenzado a mirar la tienda detenidamente cuando de repente escucho una voz viniendo detrás de ella.

- ¿En qué puedo ayudarte jovencita? Pregunto la voz con un tono amable.

Verónica se giró y lo que vio fue a una anciana vestida con un vestido blanco con pequeñas flores, acompañado de una toca de lana marrón. La anciana tenía el pelo completamente blanco, y tenía muchísimas arrugas por toda la cara, no tenía dientes, pero hablaba demasiado bien. Caminaba con la ayuda de un bastón, del mismo color que la toca, pero por como caminaba, cualquiera diría que no lo necesitaba realmente.

Verónica al verla tan de cerca pego un brinco.

- ¡Ah! - Exclamo de repente y luego con una voz más tranquila, la saludo.
- Hola.

La anciana al ver su reacción, no puedo evitar reírse mientras se apoyaba en su bastón:

- Siento haberte asustado jovencita. - Dijo la anciana con una voz amable.
- No era mi intención, es que me ha alegrado mucho ver a una persona entrar, aquí no suele entrar mucha gente.
- No se preocupe. - Dijo Verónica mientras recobraba de nuevo la calma, y una vez lo consiguió, le pregunto. - ¿Es usted la dueña de la tienda?

La anciana al escuchar su pregunta, miro a un lado y a otro de la tienda y con una sonrisa, se arrimó a Verónica y le dijo, respondiendo a su pregunta:

- No veo a ninguna otra anciana, así que supongo que sí. - Al escuchar esa respuesta, Verónica no pudo evitar reírse, en aquel momento se sentía como una estúpida. Al rato la anciana volvió a hablar. - ¿Cómo te llamas jovencita?

- Verónica. - Respondió. - ¿Y usted?
- ¡Oh! - Exclamo la anciana, como si hubiera recordado algo. - Mi nombre es horrible querida, no me gusta decírselo a la gente, por eso razón me gusta que la gente me llame por lo que soy, una anciana.
- ¿Le gusta que le digan "Anciana"? Pregunto Verónica extrañada.
- ¿Porque no debería de gustarme, querida? - Respondió la anciana con otra pregunta y al rato añadió, auto respondiéndose. - Es lo que soy.

Verónica no quiso darle más vuelta al asunto, si la anciana no quería decir su nombre, era mejor no insistir, aunque se quedó con la curiosidad de saber como se llamaba.

Verónica miro de nuevo los estantes de la tienda y no pudo evitar fijarse en otros de los muchos objetos que habia en la tienda. *Un pequeño reloj de bolsillo de la era victoriana.* - Susurraba cada vez que veia un objeto. - *Un cáliz con arañas y diamantes rojos incrustados como decoración, una pequeña figura de la muerte...*

- ¿Qué es lo que vende por curiosidad? Pregunto Verónica al ver todos esos objetos.
- Todo lo que ves está en venta, querida. - Respondió la anciana. - Son objetos que he conseguido a lo largo de toda mi vida, son objetos raros y peculiares, ¿Verdad? - Al decir esto, la anciana lanzo una pequeña risita, y luego con una voz más curiosa, le pregunto a Verónica. - ¿Buscas algo en particular, querida?
- Lo que busco no creo que este en esta tienda. Respondió Verónica mientras seguía mirando los objetos.
- Dime que es lo que buscas. - Dijo la anciana mientras caminaba hacia un pequeño sillón que habia detras del mostrador. - Quien sabe, igual el objeto que buscas si está en la tienda.

Verónica hizo un leve movimiento de hombros, y se dirigió a la anciana con la idea de contarle lo que estaba buscando.

Le conto que, desde muy temprana edad, empezó a coleccionar muñecas. Le conto que había coleccionado muñecas de todo tipo a lo largo de su vida, y que ahora, las coleccionaba de porcelana. Le conto que las muñecas las compraba normalmente en la tienda de enfrente, la que estaba al otro lado de la carretera.

- ¡No sigas! - Exclamo de repente la anciana desde su sillón, interrumpiendo a Verónica. - Fuiste a la tienda para comprar una muñeca de porcelana, y te llevaste la sorpresa de que estaba cerrada, ¿Me equivoco?
- No, señora, no se equivoca. Respondió Verónica muy educadamente.

La anciana no dijo nada, en aquel momento estaba mirando hacia el suelo

mientras pensaba en algo, pero Verónica desconocía que podía ser.

Al ver que no obtenía respuesta por parte de la anciana, decidió hacerle la pregunta que le rondaba por la cabeza:

- ¿Usted tiene muñecas de porcelana?

La anciana levanto rápidamente la cabeza y la miro fijamente a los ojos:

- Tengo una. - Respondió mientras ahora dirigía su mirada hacia uno de los pasillos de la tienda, levanto su brazo derecho y comenzó a señalar hacia el pasillo. - Recorre ese pasillo hasta el final, allí encontraras lo que buscas, creo que esa muñeca te gustara.

Verónica sintió la tentación de preguntarle si quería acompañarla, pero al verla sentada en su sillón decidió no hacerlo. Además, no iba a hacerla caminar por un pasillo de pocos metros como aquel para luego volver.

Entonces, se giró y camino en línea recta por el pasillo, y tal como habia dicho la anciana, vio a la muñeca en una de las estanterias que se encontraban en el final del pasillo, junto a muchos otros objetos. Verónica se acercó y comenzó a mirar a la muñeca, mientras ella le devolvía la mirada. Por un momento, Verónica sintió que la muñeca la había estado esperando durante mucho tiempo.

La muñeca era extraña, por su aspecto parecía antigua, pero su rostro estaba limpio e intacto, haciéndola parecer del siglo XXI. La muñeca era pálida, tenía el pelo rojo, y lo tenía atado con dos coletas, cada una desplazándose hacia un hombro. Tenía pecas repartidas por toda la cara que hacían juego con el pelo, y los ojos eran verdes y penetrantes. Llevaba un vestido blanco con líneas tanto por la zona del pecho, como por el filo de la falda, y hacia juego con unos pequeños zapatitos blancos. La muñeca parecía que iba vestida de comunión.

Verónica nada más que la vio supo que tenía que comprarla, no solo porque era preciosa, sino porque además era grande. La muñeca media más o menos unos 74 cm. Si la llegaba a comprar, se convertiría en la muñeca más grande de las que tenía.

Una vez que termino de verla con detenimiento, la cogió, y la llevo junto a la anciana:

- ¡Su muñeca es preciosa! Exclamo mientras salía del pasillo.

- ¡Jennifer! - Exclamo la anciana. - El nombre de la muñeca es Jennifer, querida.

Verónica al escuchar las palabras de la anciana, miro a la muñeca con más

detenimiento:

- No sabía que las muñecas tuvieran nombre. Comentó Verónica extrañada.
- Todas las muñecas tienen nombre querida, y si no lo tienen, se les pone uno. - Dijo la anciana educadamente y luego añadió. - Junto a una historia, nunca hay que olvidar una historia.
- ¿Una historia? Pregunto Verónica extrañada mientras miraba a la anciana.
- Una historia, sí, has oído bien. - Respondió la anciana mientras comenzaba a señalar la muñeca. - Todas las muñecas deberían tener un nombre y una historia. Esta que tienes en la mano tiene ambas, pero su historia es demasiado triste, y es una lástima, su nombre es demasiado bonito para tener una historia así.

Verónica al escuchar aquellas palabras, dejó la muñeca en el mostrador y puso toda su atención en la anciana:

- Cuéntemela, por favor. Pidió.
- De acuerdo. -Dijo la anciana alegremente. - Pero te repito que su historia es demasiado triste, así que no esperes nada bueno.

Entonces Verónica presta atención a cada una de las palabras de la anciana, quería saber todos los detalles de la historia de la muñeca. Pero para ella, solo sería eso, una historia.

- Hace mucho tiempo, había una niña, era guapa, lista y se comportaba muy bien con sus amigos, y con sus familiares. Nunca solía pedir nada a sus padres, ni siquiera una chuchería, y cuando le daban algo, siempre se conformaba con poca cosa, algo que es muy raro en los niños. Un día, a esta niña le regalaron una muñeca el día de su comunión, la niña parecía feliz, y disfrutaba muchísimo de ella, no quería nada más en el mundo, solo quería su muñeca. Pero lamentablemente, eso duraría solo unos días.

- ¿Por qué? - Pregunto Verónica con curiosidad. - ¿Qué ocurrió?
- Al poco tiempo de tener la muñeca.- Continúa la anciana.- La niña comenzó a decir que su muñeca le hablaba, y que caminaba por la casa a sus anchas, claro que, los padres nunca prestaron atención a aquellas palabras, era solo una niña pequeña, y los niños pequeños dicen muchas cosas sin sentido.- Se detuvo un momento para pensar lo que iba a decir y cuando lo hizo, continuó.- El caso es que, la niña acabó desapareciendo, y nadie más volvió a saber de ella.
- ¡Dios mío! - Exclamo Verónica al escuchar aquella historia. - ¡¿Y que hicieron los padres?!
- Nada. - Respondió la anciana. - Según la historia, acabaron olvidando a su hija, como si nunca hubiera existido.
- ¡¿Y el resto de las personas que conocía a la niña?!
- Todos la olvidaron. Respondió la anciana muy tristemente.

- ¡Dios santo! - Exclamo Verónica al escuchar aquellas palabras, pero luego, al pensar la historia que le acaba de contar, añadió, muy extrañada y confusa. - Pero no lo entiendo, señora, ¿Qué tiene que ver esa historia con la historia de la muñeca?

- Ahí está la gracia jovencita. - respondió la anciana. - Según la historia, la niña que desapareció es ahora esta muñeca.

Verónica miro de reojo a la muñeca y luego le pregunto a la anciana con extrañez:

- ¿Cómo es eso posible?

- Si te soy sincera jovencita, no lo recuerdo. - Respondió la anciana muy educadamente. - Pero si recuerdo que estaba relacionado con la muñeca que tenía antes de que desapareciera, pero nada más, ¿Es triste verdad?

- No sé si triste es la palabra adecuada. - Respondió Verónica mientras volvía los ojos hacia la muñeca. - Curiosa, tal vez, o incluso rara y misteriosa.

- Bueno, eso depende de la persona. - Dijo la anciana mientras veía como Verónica no apartaba los ojos de la muñeca. - ¿Aun quieres comprarla después de haber oído esa historia?

- ¡Sí! - respondió Verónica muy rápidamente. - Al fin y al cabo, solo es eso, una historia.

- Si, cierto, solo es una historia. Dijo la anciana muy segura de sí misma, tanto que a Verónica le causo pavor.

Una vez termino de hablar con la anciana, cogió de nuevo la muñeca y le pregunto a la anciana cuanto tendría que pagar por ella:

- Nada. Respondió la anciana mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hacia Verónica.

- ¡Nada! - Exclamo Verónica, sorprendida. - ¡¿Por qué?!

- Te la regalo. - Respondió la anciana. - Me has caído bien. Además, no me voy a morir porque regale un objeto de mi tienda.

- Ya, pero aun así...

- ¡No insistas! - Exclamo la anciana mientras ahora acompañaba a Verónica hacia la puerta. - Es un regalo que te hago con todo mi corazón, pero prométeme que disfrutaras de ella.

- ¡Lo hare! Exclamo Verónica sin saber a qué se refería la anciana exactamente con "disfrutar".

Entonces ambas se despidieron, y cuando Verónica salió de la tienda y cruzo la carretera, se giró y podía ver como la anciana se despedía con la mano desde la puerta mientras musitaba algo.

- ¡No la oigo señora! Exclamo Verónica mientras sostenía a la muñeca.

- ¡He dicho que espero que regreses pronto! Exclamo la anciana mientras

volvía a entrar en la tienda.

Verónica al escucharla, la despidió desde lejos, y comenzó a regresar a su casa, mientras recordaba la historia que le había contado la anciana.

Capítulo 3

La casa de Verónica era bastante pequeña, o al menos eso decía siempre ella. Una vez que entrabas por la puerta, debías de atravesar un pasillo que llevaba al salón comedor, del que estaba decorado con dos sofás. Uno en el lado izquierdo, muy cerca del pasillo, y el otro a pocos metros de este, muy cerca de la entrada de la cocina, justo enfrente del televisor. Había también varias estanterías que contenían libros y películas, también había vitrinas en las que había varios marcos de fotos, la gran mayoría, eran fotos de Jesús. Había una mesa redonda de madera entre los dos sofás que solía usar la madre de Inés para comer y para alguna que otra tarea cuando tenía tiempo.

Pasando el salón comedor estaba la cocina. Al entrar, lo primero que podías ver, era el frigorífico, acompañado de dos muebles en el lado izquierdo. En uno se guardaban varios condimentos de cocina, como por ejemplo el aceite, o el vinagre, y en el otro se solían guardar los paquetes de patatas, los paquetes de galletas, etc.

Justo en frente del frigorífico, estaba el microondas, y debajo de él, estaban los cajones en donde se guardan los cubiertos. Un poco más a la derecha del microondas, estaba el fregadero, y justo encima metido en un mueble, el guarda platos. Y, por último, estaba la encimera. No había campana, pero si había una ventana que daba a un pequeño patio al que se podía acceder a través de una puerta que estaba en un pequeño rinconcito de la cocina.

Dejando de lado la cocina, podías continuar por un pasillo que llevaba al cuarto de baño. La entrada del cuarto de baño se encontraba en el lado izquierdo, más o menos a la mitad del aquel mismo pasillo. Por último, en el final del pasillo, estaba el cuarto de Verónica, y seguida al de este, el de su madre.

El cuarto de Verónica era pequeño, un simple cuadrado, pero bien repartido. Lo primero que veías al entrar era una litera que ocupaba toda la pared. Antes de que Jesús muriera, compartía el cuarto con él, pero ahora... Ahora su cama estaba vacía, y su pared seguía decorada con aquellos jugadores de fútbol que el tanto admiraba, Messi, Iniesta, Casillas, y algunos otros que Verónica desconocía. Inés, al tiempo de que Jesús muriera, le dijo a Verónica que algún día quitaría la litera y los posters para que el cuarto fuera completamente para ella, pero aún no se había dignado a hacerlo, pero Verónica no se lo reprochaba, sabía que era una tarea muy difícil para ella, y no tenía ninguna prisa para que todo aquello desapareciera. En frente de la litera, había un pequeño mueble en el que estaba el televisor y un poco más a la derecha había una ventana que daba al patio, pero siempre estaba tapada por una cortina rosa que tenía Verónica. A la izquierda del mueble donde se encontraba el televisor,

estaban los roperos de Verónica y de Jesús, aunque este ahora, estaba vacío. En frente de los roperos, justo al lado de la entrada al dormitorio de Inés, estaba el escritorio que contenía el ordenador de Verónica, normalmente solo debería usarlo para eso, pero Verónica también comía y hacía las tareas en él. Y por supuesto, había varias estanterías repartidas por el cuarto, todas llenas de muñecas de porcelana.

Cuando Verónica entro en la casa, atravesó el pasillo, y cruzo el salón comedor rápidamente. Saludo a su madre de pasada, aquel día estaba de descanso y en ese momento se encontraba sentada en el sofá leyendo un libro.

Verónica la saludo tan rápidamente que a su madre no le dio tiempo de verla.

Paso por la cocina, y siguió caminando hasta llegar a su cuarto. Una vez allí, comenzó a mirar todas las estanterías para buscar el sitio ideal para Jennifer.

Miro primero detrás de la puerta de su habitación. Detrás de la puerta tenía una estantería de cuatro filas, todas llenas de muñecas, había sitio para Jennifer en la segunda fila empezando desde arriba, pero rápidamente descarto esa idea. Jennifer era demasiado bonita para estar detrás de una puerta, así que decidió probar en otro lugar. Miro una pequeña estantería que tenía muy cerca de su cama, pero rápidamente descarto de nuevo la idea, no porque estuviera llena (Que lo estaba) sino porque Jennifer no cabía ahí. Luego, probó en la estantería que estaba justo encima de su ordenador, era una estantería de dos filas. La de arriba estaba llena, pero la de abajo no tanto. Le pareció un buen sitio, pero le paso lo mismo que con la otra, Jennifer no cabía ahí. Entonces, al final, después de pensarlo mucho, y por descarte, el sitio ideal era el estante que se encontraba detrás del televisor, ahí cabía perfectamente, además, esa no fue la única razón por la que lo considero un buen sitio, Verónica sabía, que, si la colocaba ahí, lo primero que vería al levantarse sería a ella, a Jennifer.

En la estantería había cinco muñecas, no había sitio para Jennifer, pero Verónica solucionó rápidamente el problema. Cogió dos muñecas, las que estaban más en el centro, y llevo ambas a la estantería que estaba detrás de la puerta. Una vez hizo eso, coloco a Jennifer en el hueco libre, apoyándola en la pared para que no se cayera.

- ¡Si sigues así voy a tener que ponerte otra estantería! Exclamo Inés alegremente mientras se asomaba por la habitación.

Inés tenía el pelo largo, y rubio como su hija, solo que, a diferencia de ella, Inés lo tenía rizado. Sus ojos eran azules como el cielo, y tenía la misma piel que su hija. Cuando Inés era más joven, era un poco más

delgada que su hija, pero muy poco, si las dos hubieran sido de la misma época, la gente hubiera pensado que eran hermanas. Ahora, Inés había engordado un poco debido a la edad, y habían empezado a salirle arrugas, pero, aun así, a pesar de tener cerca de 45 años, seguía pareciendo joven, parecía una mujer de 30.

Verónica miro hacia la puerta y al escuchar el comentario de su madre, sonrió:

- ¿Lo harías? Le pregunto con una sonrisa.
- ¡No! - Exclamo Inés mientras se reía y luego con una voz más serena añadió. - Ya no tenemos más sitio, si quieres más muñecas, tendrás que vender alguna.

Verónica lanzo un largo suspiro, y mientras lo hacía, su madre entro en la habitación para ver a la nueva muñeca.

Ambas la miraron en silencio durante un buen rato, hasta que Inés rompió el silencio:

- Reconozco que es preciosa. - Dijo Inés mientras tocaba el pelo rojo de la muñeca. - Pero no sé, no me termina de convencer.
- ¿Y eso? Pregunto Verónica extrañada.
- No lo sé, no me gusta. - Respondió Inés. - ¿Cómo es que había esta muñeca en la tienda? Nunca la he visto allí.
- No he ido a la tienda de las muñecas. - Respondió Verónica mientras seguía mirando a Jennifer. - Estaba cerrada.
- Qué raro. - Comento Inés mientras fruncía el ceño. - ¿Y dónde la has comprado?
- En una tienda que había justo al otro lado de la carretera, se llama los objetos de la anciana.
- No me suena. - Dijo Inés levantando las cejas. - Debe ser nueva.
- No sé yo, la dueña decía que no entraba mucha gente, y por como hablaba, parecía que la tienda llevaba tiempo abierta. - Se giro para mirar a su madre y añadió con extrañeza. - Vendía unos objetos muy raros. - Y luego, mientras miraba de nuevo a Jennifer, le pregunto. - ¿Ha venido Daniel mientras estaba fuera?

Daniel es el novio de Verónica.

- Si, ha venido. Respondió Inés.
- ¿Y qué le has dicho? Pregunto con curiosidad.
- Le he dicho que no estabas, que habías ido a comprar una nueva muñeca para la colección. - Respondió Inés seriamente. - Le dije que no tardarías mucho, que si quería podía esperarte aquí, en tu habitación, pero me dijo que no. - Y luego con una pequeña risa, añadió. - No estoy muy

segura cielo, pero creo que a tu novio le dan miedo las muñecas.

Verónica al escuchar esas palabras no pudo evitar reírse:

- ¡Así es! - Exclamo. - Pobrecito mío, no sé cómo hace para entrar en esta habitación.

Después de escuchar aquellas palabras, Inés volvió a mirar a la muñeca, y dijo, con humor:

- Deberías de regalarle alguna muñeca por su cumpleaños, te querrá mucho si lo haces.

- ¡Oh! - Exclamo Verónica mientras se reía. - ¡Acaso quieres que lo mate!

- ¡Lo cierto es que no! - Respondió Inés mientras comenzaba a reírse. - ¡Me cae demasiado bien!

Siguieron así durante un buen rato, y cuando se calmaron, ambas se fueron hacia el salón. Verónica aprovecho para hablarle un poco más de la tienda nueva. Le hablo de alguno de los muchos objetos raros que había visto, de la anciana, y de la muñeca, y el día continuo sin que ocurriera nada en especial.

Capítulo 4

Al día siguiente, Verónica fue al instituto junto a su novio, y al salir, ambos se volvían a reunir de nuevo.

Daniel Hernández Moreno era un año más mayor que Verónica, estaba en el último curso, en 4 de ESO. No era tan bueno en los estudios como Verónica, las únicas asignaturas que se le daba realmente bien eran el inglés e informática, pero aun así era un alumno muy trabajador y aplicado, por eso casi siempre lograba aprobar. Además, tenía sus ideas claras respecto a su futuro. Su sueño era ser programador.

Daniel tenía el pelo negro, y sus ojos eran castaños, pero eso era algo en lo que muy poca gente se fijaba, tenía un poco de miopía, así que se veía obligado a llevar gafas. Era un poco moreno de piel, y era un chico delgado, no tenía ni siquiera una pizca de musculo. Daniel a diferencia de Verónica, tenía varios hobbies, le gustaba jugar a videojuegos, ver películas, series, anime y también le gustaba jugar de vez en cuando con sus amigos a algún que otro juego de rol, pero también tenía uno muy semejante al de Verónica. Daniel se solía comprar figuras coleccionables, solo que las suyas siempre iban referidas a películas o a videojuegos.

La razón por la que comenzó a salir con la chica más guapa del instituto, no la entendía nadie, ni siquiera el mismo. Cuando alguien le preguntaba, el sencillamente decía, *"Simplemente comenzamos a salir"* y no mentía. Un día, mientras todo el mundo estaba con sus amigos en el recreo, él estaba en la biblioteca, haciendo los deberes de historia, y dio la casualidad de que Verónica también se encontraba allí. Él seguía a lo suyo, pero no podía evitar fijarse en que ella le miraba de vez en cuando. La cosa se mantuvo así, hasta que finalmente Verónica fue hasta el lugar en el que se encontraba sentado, y comenzó a ayudarlo con los deberes, cosa que le sorprendió mucho a Daniel, estaba recibiendo ayuda de una alumna inferior a él. No lo vio feo, pero fue algo que le hizo mucha gracia por unos momentos. Cuando terminó de ayudarlo, Daniel le preguntó, *"¿Por qué me has ayudado?"*, a lo que ella le respondió con una sonrisa, *"Porque quería hacerlo"*, y así fue como empezó todo.

Al principio eran solo unos chicos que se juntaban en el recreo, y que iban a la biblioteca para ayudarse mutuamente (Aunque uno ayudaba más que otro). Luego, empezaron a ir y a volver juntos del instituto. Después, comenzaron a quedar, hasta que finalmente, Daniel, le pidió salir a Verónica, a lo que ella, respondió con humor, pero sorprendida por la proposición, *"¡Yo creí que habíamos empezado a salir ya!"*

Al escuchar aquellas palabras Daniel no pudo evitar reírse.

Cuando el resto de los alumnos se enteraron de que Daniel y Verónica estaban saliendo, llovieron un montón de críticas hacia aquella relación. Por un lado, estaban los envidiosos, aquellos que decían que Daniel no se merecía a Verónica, ni Verónica a Daniel. Luego estaban los apostadores, que eran aquellos que apostaban el tiempo que durarían como pareja, y por último estaban los que se alegraban de la relación, que eran muy pocos, pero eso nunca les importo a Verónica y Daniel, a ellos lo único que les importaba era el hecho de que se querían, y que estaban juntos.

Salieron del instituto, y se dirigieron hacia la casa de Verónica. Por el camino, Daniel le conto algunas cosas que habían pasado en su clase y cuando termino, Verónica le hablo de la nueva muñeca que se había comprado gracias al dinero que le daban en la panadería, le hablo de la tienda de la anciana y de algunos objetos que había visto.

- Seguramente se trate de una tienda de antigüedades. Comento Daniel al oír lo que decía.
- Puede ser. - Añadió Verónica un poco dudosa. - Pero, de ser así no me lo hubiera dicho la anciana.
- No tiene por qué decírtelo si se nota que son antigüedades. - Dijo Daniel mientras ambos seguían caminando. - De todas maneras, ¿Qué te dijo exactamente?
- Me dijo que eran objetos que había conseguido a lo largo de su vida.
- Eso es lo mismo que decirte que son antiguos. Interrumpió Daniel entre risas al ver que Verónica no se había dado cuenta de ese dato.
- Y también me dijo que los objetos eran raros y extraños.
- Dudo mucho que eso sea cierto. - Comento Daniel. - Creo que eso solo te lo dijo para captar tu atención.
- Si tú lo dices. - Añadió Verónica muy poco convencida. - Pero si hubieras estado allí no pensarías eso.

Daniel no añadió ningún comentario más respecto a la tienda.

Caminaron durante un tiempo en silencio, hasta que Verónica, recordando en la fecha en la que estaban hablo, muy alegremente:

- ¡Oh cielos! Exclamo mientras se detenía.
- ¿Qué ocurre? - Pregunto Daniel extrañado ante su reacción. - ¿Te has olvidado algo en el instituto?
- Cariño. - Dijo Verónica alegremente mientras le agarraba del brazo. - ¿Sabes qué día es mañana?
- Ohm, deja que lo piense. Dijo Daniel mientras se llevaba la mano derecha a la barbilla, simulando que estaba pensando, pero sabía perfectamente que era, como podía olvidarlo.

Verónica al ver su reacción le miro sorprendido, y un poco furiosa:

- ¿Estás de coña verdad? Pregunto con un tono enfadado.

Daniel al escucharla, se rio, y le cogió de las manos:

- De verdad creías que me había olvidado, mañana hacemos seis meses juntos.

Verónica al oír eso, se le hablando el corazón, sintió un hormigueo en su estómago, y las piernas comenzaron a temblarle. En aquel momento solo quería hacerle una cosa, pero no podía hacerlo porque estaban en la calle.

Al escuchar sus palabras, se abalanzo hacia él y le beso.

- Te quiero Daniel, te quiero muchísimo. Decía mientras le abrazaba y no paraba de besarle.

- ¡Madre mía! - Exclamo Daniel sorprendido. - Entonces mañana, cuando veas mi regalo, me vas a amar.

- ¡¿Un regalo?!- Exclamo Verónica mientras se apartaba. - ¡¿Me has comprado un regalo?!

- Si. - Respondió Daniel alegremente. - Y te advierto que me ha costado mucho trabajo conseguirlo, cuando lo veas entenderás el porqué.

No había terminado de decir aquellas palabras cuando vio que Verónica no tenía la alegría de antes, ahora estaba decaída.

- Verónica. - Dijo Daniel muy seriamente mientras le ponía una mano en su hombro. - ¿Estas bien?

- Si. - Respondió mientras miraba hacia el suelo. - Es solo que, no he podido comprarte ningún regalo, lo siento. - Se quedó callado durante unos segundos para ver si Daniel reaccionaba y al ver que no tenía respuesta, añadió. - No pensaba que me harías un regalo Daniel, pensaba que solo pasaríamos el día juntos. Si lo hubiera sabido, te hubiera comprado algo, puede que alguna de esas figuritas que a ti tanto te gusta. Y una vez dijo eso, Verónica comenzó a llorar.

- Pero no llores cariño, no es para tanto. - Respondió Daniel tranquilamente mientras la abrazaba. - No me importa que no me hayas comprado nada.

- ¿En serio? Pregunto Verónica mientras paraba de llorar.

- ¡Claro! - Respondió Daniel mientras le limpiaba la cara cubierta de lágrimas. - La única razón por la que te he comprado un regalo es porque, bueno, porque te quiero, y quería demostrártelo.

- ¡Oh, cielo! - Exclamo Verónica tiernamente mientras paraba de llorar. - Por cada palabra que dices te quiero aún más, no hacía falta que me compraras un regalo para demostrarme que me quieres, ya me lo demuestras todos los días.

Y una vez dijo eso, se acercó hacia él y le besó, mientras a su vez, pegaba su cuerpo a su entrepierna.

- Sabes. - Dijo Verónica mientras terminaba de besarle, y le acariciaba el cabello. - Mi madre no está en casa, no regresará hasta las ocho de la tarde, ¿Te gustaría quedarte en mi casa y comemos juntos?
- Lo cierto es que me gusta la idea. Respondió.
- ¿Avisaras a tus padres? Pregunto Verónica.
- No hace falta, hoy no están en casa, y no regresan hasta tarde. - Respondió y luego añadió, con un poco de humor. - Pero Verónica, aclárame algo, ¿Cuándo hablas de comida, te refieres a comida, o a "Comida"?

Verónica al escuchar aquella pregunta tan tonta se echó a reír:

- Me refiero a ambas cosas, Cariño. - Respondió mientras se volvía a cercar a él de nuevo. - Pero hay una pequeña condición.
- ¿Cuál? Pregunto Daniel muy interesado.
- Tendrás que esperar a después del almuerzo. Respondió entre risas.

Daniel al escuchar palabras lanzó un largo suspiro.

- Bueno, que se le va a hacer.

Y una vez dicho eso, ambos continuaron su camino hasta la casa.

Capítulo 5

- Espérame en el salón mientras preparo la comida. Dijo Verónica mientras ambos entraban por la puerta.
- ¡Oh! - Exclamo Daniel fingiendo estar decaído. - ¿No puedo ayudarte?
- Mejor que no lo hagas. - Respondió Verónica sarcásticamente mientras cerraba la puerta. - A saber, cómo estan los platos que haces.
- ¡Pues muy buenos! - Exclamo Daniel mientras se reía. - ¡Ha sido probadas por la mejor catadora de alimentos que hay en este mundo!
- ¿Y quién es esa persona? Pregunto Verónica mientras fruncía las cejas.
- Mi madre. Respondió Daniel con muy buen humor.

Verónica al escuchar aquella respuesta, rompió a reír:

- ¡Que tonto eres Daniel! Exclamo Verónica mientras se reía.
- Si así consigo hacerte reír, pues si, lo soy. Respondió mientras ambos comenzaban a caminar por el pasillo.

Los dos entraron al salón, soltaron las mochilas, y Verónica se metió en la cocina, mientras Daniel se quedó en la entrada de esta, dirigiendo su mirada hacia el pasillo que daba al cuarto de Verónica:

- ¿Te ocurre algo cielo? Pregunto Verónica mientras se preparaba para cocinar.
- No, nada. - Respondió Daniel un poco inseguro. - Pero, me estaba preguntando si podría entrar en tu habitación, me gustaría ver esa muñeca que has comprado.
- ¡Claro! - Exclamo Verónica. - Podías habérmelo dicho antes. - Y una vez dicho eso, le cogió de la mano. - ¡Ven, te la enseñare!
- ¡No, no! - Exclamo. - Me gustaría hacerlo solo.

Verónica se volvió hacia él y lo miro extrañada:

- ¡¿Solo?! Exclamo.
- Si, veras, esto es algo que llevo bastante tiempo ocultándotelo, pero tengo miedo de las muñecas de porcelana.

Ese dato ya lo sabía Verónica, no porque Daniel se lo hubiera dicho, sino por el hecho de cómo se comportaba algunas veces cuando estaban juntos en su habitación. A veces, Daniel había salido de la habitación con alguna excusa tonta, y temblado de pies a cabeza. Pero aun sabiéndolo, decidió que siguiera hablando.

- Veras, cuando estoy en una sala llena de muñecas, lo paso mal, muy mal. Me agobia, y me empiezo a sentir incómodo. Pienso que todas las muñecas me están mirando, y pienso que tarde o temprano vendrán a por mí. Esto es algo que me pasa muchas veces cuando estoy solo en una

sala llena de muñecas, cuando estoy acompañado, no me suele ocurrir tanto, pero aun así me pasa, y creo que en el fondo lo sabías, aunque nunca me hayas dicho nada. - Al ver que Verónica aun no decía nada, continuo. - Por esa razón me gustaría entrar solo, es un miedo estúpido que tengo desde pequeño, y me gustaría superarlo.

- Cielo, no es un miedo estúpido, es una fobia como otra cualquiera. - Dijo Verónica muy tranquilamente mientras se acercaba a él. - Y claro que lo sabía, se te notaba demasiado Daniel. Pero ¿Por qué no me dijiste nada?

- Pensé que te parecería una tontería. - Respondió. - Y cómo te gustaban demasiado las muñecas, llegue a pensar incluso que...

- ¡No lo digas! - Exclamo Verónica mientras le colocaba el dedo índice en sus labios. - Eso que estabas a punto de decir, sí que era una estupidez. - Y al rato, mientras retiraba el dedo, añadió. - Quiero que sepas, que eso que quieres hacer, me parece algo muy valiente.

- ¿De verdad? Pregunto Daniel extrañado.

- Si, de verdad. - Respondió Verónica mientras ahora agitaba la mano lentamente hacia el pasillo que daba a su habitación. - Así que, adelante, yo estaré aquí, en la cocina. - Y luego, con una voz más tranquilizadora, añadió. - Si empiezas a pasarlo mal, quiero que salgas y vuelvas aquí, o llámame e iré a buscarte, lo que tu más desees.

- Gracias por comprenderlo Verónica.

- Anda, ven aquí, tonto.

Una vez dicho eso, ambos se besaron.

Daniel comenzó a caminar hacia la habitación de Verónica, mientras ella regresaba de nuevo a la cocina, pero no pasaron mas de dos minutos, cuando Verónica escucho un estruendo viniendo de la habitación, y segundos después, salió Daniel, muy alterado.

Paso por la cocina, sin escuchar los gritos de Verónica, entro en el salón, cogió su mochila, y se marchó.

Verónica, sin saber lo que había pasado, abandono la cocina y salió en su busca.

- ¡Daniel! - Exclamaba mientras le perseguía por la calle. - ¡¿A dónde vas?!

Daniel al escuchar aquella pregunta, se detuvo:

- A mi casa - Respondió serenamente, pero se le notaba en la voz que estaba asustado. - No puedo estar en tu casa, lo siento

- ¡Pero, ¿Por qué?! - Pregunto extrañada. - ¡¿Qué ha pasado?!

- ¡Recuerdas lo que te dijo esa anciana! - Exclamo mientras la miraba. - ¡¿Lo recuerdas?!

- ¡Si, lo recuerdo! - Respondió frunciendo el ceño. - Me dijo que los objetos eran raros y peculiares.

- ¡No mentía! Dijo con el mismo tono que antes.
- ¡¿Qué?! - Exclamo Verónica, un poco confundida. - ¡Pero tú me dijiste que...!
- ¡Se lo que dije! - Grito. - ¡Pero estaba equivocado! - Y luego, con una voz más calmada y ahogada, como si estuviera a punto de llorar, añadió.
- Esa muñeca es peligrosa Verónica, deberías deshacerte de ella.
- ¡Daniel estas delirando! -Dijo Verónica mientras intentaba acercarse a, el. - Parece que no ha sido una buena idea que entraras solo.
- ¡Tu muñeca me ha hablado Verónica! - Exclamo. - ¡Y ha intentado, ha intentado hacerme algo, pero no me he dejado, he salido corriendo cuando se ha acercado a mí!
- ¡No sabes lo que dices Daniel! - Dijo mientras seguía acercándose a él. - Ven, tranquilízate, volvamos a casa.
- ¡No! Grito Daniel.

Este grito hizo detener a Verónica de un brinco. Era la primera vez que escuchaba a Daniel con aquel temperamento.

- Lo siento Verónica. - Dijo Daniel tristemente por lo que había ocurrido. - Pero no pienso entrar en tu casa mientras esa muñeca siga allí. Pensarás que me lo he imaginado, pero no es así. Esa muñeca está viva, y es maligna, deberías deshacerte de ella, por tu bien.

Y una vez dicho eso, Daniel se marchó corriendo asustado, dejando a Verónica en la calle, sin entender muy bien lo que acaba de pasar.

Capítulo 6

Verónica regreso a casa, disgustada por lo que acaba de pasar, y nada más entro en la cocina, comenzó a llorar.

Se le había pasado el hambre, así que tiro la poca comida que había empezado a cocinar a la basura.

Al rato, después de haberse calmado un poco, se dirigió hacia su habitación, y lo que vio fue a Jennifer, tirada en el suelo, dirigiendo su mirada hacia el techo. Verónica no comprendía como la muñeca había podido llegar hasta ahí, estaba bastante retirada de su estantería, y el televisor no se había dañado. *Si se hubiera caído de la estantería, tendría que haber roto el televisor.* - Se dijo mentalmente.- *Además, Jennifer tendría que haberse destruido debido al impacto, pero esta ilesa.* Verónica pensó que seguramente Daniel, antes de montarse aquella pequeña paranoia, la habría cogido para observarla mejor, y luego, cuando comenzó a sentirse mal, la soltó y salió corriendo. Pero eso fue algo que descarto rápidamente, Daniel no se atrevía a tocar a las muñecas. *Seguramente, Jennifer se cayó de la estantería, con la suerte de no caer en el televisor. Y Daniel, al ver que se caía, se asustó, y huyo, creyendo que la muñeca estaba viva.* Penso.

Verónica cogió la muñeca, y la puso de nuevo en la estantería.

- Menudo susto debes de haberle dado a mi novio para que salga huyendo de esa manera. Al decir eso, comenzó a acariciarle el cabello.

Se quedo un rato mirando los ojos verdes de la muñeca. Y de repente, empezó a notar que su cuerpo le pesaba, y sus ojos se comenzaban a cerrar por mucho que ella intentara mantenerlos abiertos. Camino hacia su cama, se tumbó, y poco a poco, fue cerrando los ojos. Aun no los había cerrado del todo cuando comenzó a ver una pequeña mancha blanca, roja y borrosa descender de la pared, y después, todo se volvió negro.

Cuando despertó, se encontró con pequeños fragmentos de porcelana repartidos por el suelo de su habitación. Los fragmentos estaban acompañados por varios tipos de pelo, prendas y accesorios. Verónica al verlos, supo que se trataba de sus muñecas.

- ¡Dios mío! - Exclamo mientras miraba desde la cama los pequeños fragmentos repartidos por su habitación. - ¡Que ha pasado aquí!

Se levanto de la cama, y automáticamente se arrodillo.

Cogió con las manos algunos fragmentos, mientras a su vez, miraba hacia las estanterías, todas estaban vacías, pero supo que aquellos trozos no

eran de todas sus muñecas, solo era de un pequeño porcentaje. *Pero si no están aquí, ¿Dónde están?* -Se pregunto. - *¿Y dónde está Jennifer?*

- ¡Quién ha hecho esto! - Exclamo furiosa mientras sus lágrimas caían y soltaba de nuevo los fragmentos. - ¡Quién demonios ha hecho esto!

No obtuvo respuesta, pero para ella eso era lo de menos. En aquel momento, solo pensaba en una cosa. *¿Por qué demonios no me he despertado? Si hubiera entrado alguien para romper las muñecas, está claro que tendría que haber hecho ruido, le podría haber oído perfectamente, pero no he oído nada, ¿Habrá sido un ladrón?* - Pensó. - *No, no lo creo, si fuera así no las hubiera roto, pero sea quien sea, he tenido suerte de que no haya querido hacerme nada.*

Mientras esos pensamientos corrían por su cabeza, llego otro que no pudo evitar pronunciarlo en voz alta:

- ¡¿Qué hora es?!

Nada más hacerse esa pregunta, se giró hacia su escritorio, y miro un pequeño reloj que tenía encima del ordenador de sobremesa, el reloj indicaba las 21:00

Es imposible. - pensó mientras miraba el reloj. - *Es imposible que haya estado dormida seis horas. Además, mi madre regresaba a las ocho, si me hubiera visto dormida a esa hora, me habría despertado.*

Entonces, de repente, un sonido que venía detrás de ella captó su atención. Se giro, y entonces se percató de que el sonido venia detrás de la puerta de su habitación. En aquel momento estaba cerrada, cosa que asusto a Verónica, ella la había dejado abierta antes de dormirse.

- ¡Mama! - Grito haciendo detener el sonido. - ¡¿Eres tú?!

No hubo respuesta, y a los pocos segundos, el sonido prosiguió, era un sonido de arrastre. Verónica no tardó en llegar a la deducción de que estaban intentando arrastrar algo por debajo de la puerta.

Entonces, al rato, vio aparecer un folio blanco, con algo escrito.

Verónica al ver el folio en el suelo, se acercó, con cuidado de no pisar los fragmentos de porcelana, y con cuidado de no acercarse demasiado a la puerta.

Cuando vio que estaba a una distancia aceptable, se agacho y cogió el folio. Al cogerlo, vio que las letras tenían un color rojizo oscuro. Verónica paso el dedo por una de las letras y se lo mancho, haciendo a su vez una pequeña mancha en el folio, pero sin perjudicar al resto de las palabras.

La escritura estaba fresca, y Verónica no pudo evitar pensar que se trataba de sangre.

Verónica comenzó a leer el folio y leyó lo siguiente:

No intentes huir, estas rodeada. Estamos aquí, y en las ventanas. No te resistas, entrégate, o me veré obligada a ir a por ti.

Verónica al leer el folio se asustó, y empezó a decir cosas que en el fondo no pensaba:

- ¡Daniel! - Exclamo. - ¡Si os habéis unido tú y mi madre para gastarme una broma no tiene ninguna gracia!

No hubo respuesta.

Entonces, llevada por los nervios, y por el propio miedo, se aproximó hacia la puerta, cogió el pomo, y exclamo mientras abría la puerta:

- ¡Os he dicho que no tiene ninguna...!

Entonces, cuando Verónica vio lo que había detrás de la puerta, comenzó a gritar, y cerró la puerta rápidamente.

Capítulo 7

Lo que Verónica vio fue a Jennifer, rodeada de un montón de sus muñecas de porcelana, todas tenían vida propia. Exceptuando a Jennifer, el resto de las muñecas iban armadas con cuchillos y otros utensilios de cocina.

Al abrir la puerta intentaron echarse encima de Verónica, pero logro cerrar la puerta antes de que la alcanzaran. Mientras la sostenía, oía los pequeños golpes de sus muñecas estrellándose en la puerta, para intentar abrirla. Verónica no paraba de gritar, y en un momento los cuchillos comenzaron a atravesar la puerta, lo que hizo retroceder a Verónica, pero en el momento en que lo hizo, los cuchillos desaparecieron, y no volvieron a aparecer.

Mientras Verónica retrocedía, oyó venir un nuevo ruido, esta vez, el ruido venia de su ventana. Fue corriendo hacia allí, olvidando todo lo que había leído en el folio que le habían entregado. Corrió la cortina, y lo que vio la hizo gritar de nuevo. Tal y como decía el folio. Estaba rodeada.

En la ventana había una docena de sus muñecas, no iban armadas, pero no paraban de golpear los cristales con furia.

- ¡¿Qué queréis de mí?! - Grito mientras se agachaba muy cerca de la cama y se cubría el rostro. - ¡¿Qué queréis de mí?!

Los golpes cesaron al escuchar aquel grito.

- ¡Es solo un sueño! - Se decía mientras lloraba. - ¡Es solo un mal sueño!

Pero no lo era.

Verónica levanto la cabeza lentamente, y descubrió que las muñecas seguían en la ventana, pero no estaban haciendo nada, estaban allí paradas, esperando. Al verlas, Verónica no pudo evitar fijarse en que todas las muñecas, dirigían sus pequeños ojos hacia la puerta. Al darse cuenta de eso, hizo lo mismo, y se percató de que había un nuevo folio metido bajo la puerta. Se desplazo lentamente, mientras observaba sutilmente a las muñecas de la ventana por si entraban.

Verónica cogió el nuevo folio, escrito también con aquel color rojizo parecido a sangre y lo leyó:

Ellas no quieren nada, solo lo hacen porque yo se lo pido.

- ¡¿Y porque se lo pides?! - Exclamo mientras arrugaba el folio y añadió, mientras recordaba lo que le había dicho Daniel cuando se marchó. - ¡¿Por

qué pides que vayan a por mí, Jennifer?!

No hubo respuesta, pero las muñecas de la ventana seguían mirando con impaciencia. Entonces, el pomo de la puerta comenzó a girarse muy lentamente, Verónica al escucharlo se abalanzó hacia él y lo agarró con las manos:

- ¡No vais a entrar! - Exclamo mientras lo agarraba. - ¡No vas a entrar Jennifer!

El pomo dejó de moverse, y al rato otro folio apareció por debajo de la puerta. Verónica no lo cogió, tenía sujetado el pomo con ambas manos, y tenía miedo de soltarlo, no quería que intentaran abrir de nuevo la puerta, pero desde donde se encontraba podía leer lo que había escrito:

Entrégate, no te resistas, quiero acabar con esto cuanto antes.

- ¡Y una mierda! - Exclamo. - ¡No pienso entregarme!

De nuevo no hubo respuesta.

- ¡¿Qué es lo que quieres?! - Exclamo con un tono furioso, mientras volvían a resonar los golpes en la ventana. - ¡¿Qué es lo que quieres de mí?!

Entonces, un nuevo folio pasó por debajo de la puerta, y Verónica al leer lo que ponía soltó el pomo, cayó al suelo debido al pánico y comenzó a arrastrarse hacia el lugar donde se encontraba antes, pinchándose con los pequeños fragmentos de las muñecas destruidas, lo que leyó fue:

Quiero tu vida para poder ser libre.

Al retirarse, creyó que la puerta se abriría, pero no fue así. En cambio, las muñecas que estaban en la ventana consiguieron romper los cristales, y comenzaron a entrar en la habitación.

Verónica, al verlas entrar por la ventana, se puso de pie lo más rápido que pudo, mientras las muñecas comenzaban a abalanzarse hacia ella. Algunos se agarraron a las piernas, otras muchas, intentaban agarrarla de los pies, y otras muchas consiguieron agarrarse de los brazos, todo ocurrió tan rápido que Verónica no pudo ver como subieron. Zorandeó sus brazos lo más rápido que pudo para que las muñecas se soltaran, pero no lo consiguió. En cambio, con los pies tuvo más suerte, solo hizo falta un leve movimiento para acabar estampándolas contra los muebles, y al ser tan frágiles, se destruyeron en mil pedazos, pero algo salió de ellas, algo que ninguna muñeca debería de tener en su interior. Al romperse, las muñecas echaron una especie de líquido negro, muy similar al petróleo, acompañado de unos pequeños organitos. Corazón, pulmones,

intestinos,etc. Todos los órganos del ser humano adaptados al cuerpo de una muñeca.

Verónica al ver el líquido negro y los órganos se estremeció, no esperaba que saliera aquello al romper las muñecas. Se pregunto por un momento si las otras también tendrían ese contenido al estar vivas.

Noto un tirón en el pelo, cosa que la hizo gritar. Miro hacia arriba y se percató de que una de las muñecas que estaba en su brazo derecho había subido hasta su cabeza. Harta, intento zafarse de nuevo de las muñecas que estaban en sus brazos. Empezó a mover el brazo derecho, debido a que ahora tenía menos muñecas, y consiguió que se soltaran. Una a una, comenzaron a caer, e igual que las otras, se rompieron y esparcieron su sangre negra y sus diminutos organitos por la habitación. Cuando tuvo el brazo derecho libre, lo restregó por el brazo izquierdo, haciendo caer al resto de muñecas al suelo, y, por último, cogió a la que tenía en su cabeza, y la estampo con rabia en la puerta, destrozándola en mil pedazos, y dejando una gran mancha negra acompañada con pequeños organitos en la puerta.

- ¡Te lo dije Jennifer! - Grito mientras dirigía su mirada a la puerta. - ¡No pienso entregarme! - Y luego con un tono más elevado, añadió. - ¡Y no conseguirás cogerme!

Verónica al decir eso, se imaginó que la puerta se abriría y que entrarían un gran par de muñecas acompañadas por Jennifer, y otro gran par por la ventana rota, pero no ocurrió nada. Lo único que ocurrió, fue que otro folio apareció por debajo de la puerta. Verónica se acercó, con cuidado de no pisar los pequeños organitos repartidos por la habitación, hubiera hecho lo mismo con la sangre negra, pero la sangre no le daba tanto asco. Además, había tanta, que era imposible esquivarla.

Se acerco lo suficiente, se agacho, y sin coger la nota, leyó:

En algún momento tendrás que salir, y cuando lo hagas, ahí estaré.

Por lo que había escrito, Verónica llevo a la deducción de que no entraría, tan solo se limitaría a esperar detrás de la puerta. También pensó que no entrarían más de sus muñecas por la ventana, las que quedaban, seguramente harían compañía a Jennifer.

Entonces, giro su cabeza hacia la ventana rota, y tuvo una idea. Se le ocurrió salir por la ventana, atravesar el patio, y llegar hasta la puerta metálica que daba a la cocina. Cuando llegara a la puerta, la abriría con cuidado y atravesaría la cocina sin que las muñecas se dieran cuenta. Luego, pasaría por el salón comedor, y después por el pasillo. Lo recorrería hasta llegar a la puerta, la abriría y saldría corriendo en busca de Daniel para contarle todo lo que había pasado. Era un plan arriesgado,

pero podía hacerse si se hacía con precaución.

Verónica pensó en decir algo para irritar a Jennifer, pero decidió no hacerlo, si lo hacía, hubiera sido como revelar su plan de huida. Así que, poco a poco y sin decir nada, se desplazó hacia la ventana.

Con su manga, tiro al suelo pequeños fragmentos de cristal que se habían quedado en la ventana, no tiro muchos, pero fue mejor que nada. Entonces, y con las manos metidas bajo las mangas de su chaleco, se subió con cuidado, y se dejó caer en el patio, mientras pensaba en la suerte que había tenido su madre al no volver a casa aún.

Capítulo 8

Camino por el patio, hasta llegar a la puerta metálica que daba a la cocina. Toda esa zona estaba repleta de cristales debido a la ventana de la cocina, las muñecas no se habían preocupado ni siquiera en abrirla para atravesar el patio, la habían destruido, tal y como habían hecho con la ventana de la habitación de Verónica.

Piso con cuidado aquella zona para evitar hacer ruido. Abrió la puerta, despacio, y cuando la abrió lo suficiente para poder pasar, entro en la cocina.

La cocina estaba completamente oscura, la poca luz que había era la que entraba por la ventana. Los cajones donde se guardaban los cubiertos estaban todos en el suelo, no muy lejos de su lugar, pero estaban completamente vacíos. Verónica no tardo en deducir que las muñecas, por orden de Jennifer, habrían cogido los cubiertos para usarlos como defensa, ella misma había visto a muchas de ellas con cuchillos y otros utensilios en la mano cuando abrió la puerta.

No había terminado de entrar cuando de repente, escuchó un ruido viniendo del pasillo que daba a su habitación, se desplazó hacia el frigorífico y se apoyó en él, intentando ocultarse.

Sabía que no era un buen escondite, si las muñecas se dirigían a la cocina, la verían, pero no pensaba estar allí mucho tiempo, su idea era asomarse para comprobar si las muñecas seguían allí, y una vez que lo supiera, caminaría, tal y como lo había planeado hacia la puerta.

Asomo un poco la cabeza hacia el pasillo, y lo que vio fue a un gran número de muñecas, Verónica calculo que había unas veinte. Empezaban desde la entrada del cuarto de baño, hasta la puerta de su habitación, todas armadas y mirando hacia la puerta, quietas, sin hacer el más mínimo ruido, parecían un gran ejército, y en el centro de todo aquel ejército de muñecas, estaba Jennifer.

Verónica al ver que todas estaban concentradas en la puerta, decidió que aquel momento era su oportunidad, o huía ahora, o moriría en el intento.

Camino agachada y con pasos lentos hacia la entrada del salón, mirando de vez en cuando a las muñecas para asegurarse de que no la descubrían, y de ser así, para echar a correr como si no hubiera un mañana, pero no llego a entrar en el salón cuando vio algo desde la entrada, vio algo que la hizo levantarse rápidamente, y con el corazón acelerado, lanzo un fuerte grito.

Vio a su madre sentada en el sofá más próximo a la cocina, estaba muerta, pero en medio de la oscuridad parecía estar viendo la tele. Tenía varios cuchillos clavados por todo el pecho, y dos tenedores, cada uno en una cuenca del ojo, la sangre corría tanto por su pecho como por los ojos, parecía que estaba llorando sangre.

Todas las muñecas giraron sus cabezas al oír el grito de Verónica, y rápidamente, giraron sus diminutos cuerpecitos y se abalanzaron hacia ella.

Verónica no sabía lo que estaba pasando, estaba conmocionada, veía como muchas de las muñecas se quedaban abajo, señalándola con los cubiertos, y otras muchas saltaban y comenzaba a subir por su cuerpo.

Al principio todas estaban en sus piernas, pero con el tiempo, al ver que Verónica no hacía nada, se repartieron a lo largo de todo su cuerpo. Algunas se agarraron de los brazos, otras muchas se desplazaron hacia la espalda y la cabeza, y unas pocas se quedaron en las piernas, mientras otras muchas comenzaban a subir.

Verónica, al no poder soportar el peso de todas las muñecas, cayó de rodillas al suelo, y miro fijamente a Jennifer, miro sus ojos verdes, sus pecas, sus coletas rojizas que le llegaban hasta los hombros, su vestido blanco con líneas, y mientras lo hacía, notaba como Jennifer le devolvía la mirada.

Entonces, de repente, Verónica sintió un golpe en su cabeza, y cayó desplomada al suelo.

Al caer, pudo ver como algunas muñecas bajaban de su cuerpo, una de ellas, llevaba un mazo de cocina.

Vio como las muñecas comenzaron a juntarse alrededor de ella, mientras esperaban a Jennifer, que ahora caminaba con pasos lentos hacia Verónica. Pero Verónica ni siquiera llego a ver esto último, ya había perdido el conocimiento cuando Jennifer comenzó a caminar hacia ella.

Capítulo 9

Verónica despertó, aturdida, y sin saber dónde se encontraba, pero cuando recupero el conocimiento vio que se encontraba en el salón, sentada en el suelo y con las manos atadas. La mesa que había en el salón había desaparecido, o más bien, había encogido hasta convertirse en una especie de mesa infantil.

Giro su cabeza hacia la derecha, y vio a sus muñecas de pie, mirándola fijamente. Luego, giro la cabeza hacia su izquierda, y vio de nuevo a su madre, con los cuchillos clavados en el pecho y con los tenedores en los ojos, esta vez estaba acompañada de tres muñecas, una de ellas tenía varios folios a mano y estaba preparada para escribir con la sangre de Inés cuando recibiera la orden. Verónica no recordaba a ver visto a su madre muerta, así que cuando la vio, giro la cabeza de nuevo hacia las muñecas y vomito. Las muñecas al verlas vomitar se echaron hacia atrás.

Cuando Verónica se reincorporo, levanto la cabeza y se fijó en que Jennifer había estado al otro lado de la pequeña mesa desde que se despertó. Al verla, Verónica se estremeció y comenzó a llorar:

- ¡¿Qué es lo que quieres de mí?! Exclamo.

Jennifer al escuchar su pregunta, dirigió su mirada hacia la muñeca que tenía los folios, y esta, se aproximó hacia Inés, mojó sus pequeños dedos de porcelana en la sangre que le salía por los ojos y comenzó a escribir. Verónica al verlo sintió de nuevo el deseo de vomitar, pero esta vez logro contenerse.

Cuando termino de escribir, la muñeca tiro el papel a la mesa, y Verónica leyó lo siguiente:

Quiero tu vida para poder ser libre.

Entonces, de repente y sin previo aviso, Jennifer comenzó a elevarse y se puso encima de la pequeña mesa. Se inclinó hacia Verónica, y puso su mano derecha en su mejilla.

Cuando lo hizo, Verónica sintió una enorme paz consigo misma. El miedo se desvanecía, las náuseas que sentía por haber visto a su madre muerta desaparecían, la rabia, fuera, las ansias de escapar de aquella pesadilla, fuera, lo único que sentía era, paz.

Entonces, cerro los ojos, y cuando los abrió no se encontraba en el salón. Estaba, en otro lugar.

Se encontraba de pie, desatada y sola, en medio de la nada, lo único que veía era oscuridad.

Las muñecas habían desaparecido, todo había desaparecido, lo único que había en aquel lugar era ella misma.

Debería de sentirse asustada, debía de sentir la necesidad de salir de allí, pero no lo sentía. Quería gritar, llorar, y despertar de aquella pesadilla, pero no sentía nada, en aquel lugar, estaba en paz.

Camino durante un tiempo por aquella oscuridad, sin saber muy bien lo que se encontraría, pero por mucho que caminaba, nada cambiaba, todo seguía siendo oscuro, y así fue, hasta que vio algo. Vio una pequeña mancha blanca a lo lejos.

Camino hacia allí, hasta que la mancha comenzó a hacerse mas y más grande, y lo que encontró fue a una joven de su edad sentada en una silla, junto a una mesa, muy similar a la suya, y al otro lado, en frente de ella, había una silla vacía, la joven la estaba esperando.

- Siéntate, por favor. - Dijo amablemente mientras extendía el brazo hacia la silla vacía.- Te estaba esperando.

Verónica obedeció mientras miraba a la joven de arriba abajo, le resultaba familiar.

- ¿Quién eres? Pregunto extrañada.

La joven se echo a reír, y respondió:

- Creo que en el fondo sabes quien soy. Respondió la joven muy educadamente.

Verónica al escuchar aquellas palabras, la miro a los ojos, eran verdes y penetrantes, vio su pelo rojizo con dos coletas que le llegaban hasta los ojos, vio sus pecas repartidas por toda la cara y por ultimo se fijo en su vestido. Era un vestido de comunión, pero estaba adaptado al cuerpo de la joven, era un vestido blanco con líneas en el pecho.

- ¿Jennifer? Pregunto con extrañeza.

Jennifer al escuchar su nombre, le lanzo una sonrisa amable.

Verónica sintió la furia correr por su cuerpo, sintió el deseo de abalanzarse sobre la mesa para poder estrangularla y matarla a golpes por todo lo que había hecho, pero enseguida esos sentimientos desaparecieron, se

evaporaron, y volvió a estar en paz consigo misma.

- ¡Has matado a mi madre! – Exclamo Verónica muy seriamente. - Debería estar enfadada, furiosa, pero no sé porque, aquí... - Giro la cabeza para ver la oscuridad que le rodeaba y añadió. - Aquí, no siento nada.

- No es por el lugar. - Respondió Jennifer. - Es porque yo estoy impidiendo que sientas nada, cuando me vaya, tus sentimientos volverán, te lo prometo.

Permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Verónica decidió hablar:

- ¿Qué es lo que quieres de mi Jennifer?

- Ya te lo he dicho. - Respondió. - Quiero tu vida para poder ser libre.

Verónica al escuchar aquellas palabras, miro de nuevo a su alrededor, y cuando lo hizo, volvió a centrarse en Jennifer:

- ¿Estoy muerta? Pregunto.

- No, no lo estas. - Respondió. - Y yo tampoco lo estoy, pero no será así por mucho tiempo.

- ¿Qué quieres decir con eso? -Pregunto Verónica, más extrañada que antes. - ¿Y porque estás aquí?

- Estoy aquí, porque al igual que tú, yo también tuve una muñeca. - Respondió muy seriamente y luego añadió. - ¿Recuerdas la historia que te conto la anciana sobre la muñeca?

Verónica asintió mientras recordaba la historia.

- Pues esa historia que te conto, es real. – Y entonces, con una voz más seria, añadió. - Es mi historia.

Y una vez dicho eso, comenzó a contar su historia:

- Cuando hice la comunión, mis padres me regalaron una muñeca, pero ha pasado ya tanto tiempo que ni siquiera recuerdo su aspecto, lo único que recuerdo es que la quería, no podía vivir sin ella.- Se detuvo durante un rato, recordando viejos tiempo y al rato continuo.- Pasaron los días, y yo disfrutaba de aquella muñeca, todo era normal, hasta que un día, esa muñeca me hablo.- Se fijo en que Verónica seguía escuchándola con atención y prosiguió.- Cuando lo hizo, se lo dije a mis padres, pero ninguno de los dos me creyó. Al poco tiempo, la muñeca empezó a caminar por su cuenta, se lo intente decir de nuevo a mis padres, pero tampoco me hicieron caso. Cuando ellos iban a verla, la muñeca no hablaba, ni caminaba, siempre pensaron que se trataba de mi imaginación, siempre pensaron que era solo una fantasía, la fantasía de una niña. Pero, aun así, yo estaba feliz, tenia una muñeca viva, para mi

era algo fenomenal, si las niñas de mi colegio la hubieran visto, sentirían envidia. Pensé que la muñeca era buena, hasta que me traslado aquí.- Dijo mientras movía sus brazos para que Verónica viera la oscuridad que le rodeaba.- Estuvimos aquí, hablando, me explico algunas cosas, las mismas que voy a explicarte yo cuando acabe esta historia, y cuando terminamos de hablar, ella se evaporo, y yo me quede aquí encerrada.- Luego, y con una voz mas pesada, añadió.- Todo el mundo acabo olvidándose de mí, incluso mis padres, era como si nunca hubiera existido, y me quede aquí, y fue creciendo con los años, cosa que para mi era extraña, no tenia nada para comer ni para beber, ni sentía la necesidad de hacerlo, sencillamente crecía en este lugar, en esta oscuridad.

- ¿Por qué no intentaste escapar? Pregunto Verónica muy seriamente.
- Porque no podía hacerlo.- Respondió.- No tenia a ninguna sustituta, pero ahora si.- Y luego con una voz más apagada, añadió.- Además, en aquel momento, no quería morir, si me iba de este lugar, moriría, me desvanecería completamente, pero estoy harta de estar aquí Verónica, esto no es vida, quiero morir, me gustaría ver si existe algo, un cielo, un infierno, lo que sea, pero no quiero seguir aquí.

Verónica la contemplo mientras decía todas aquellas palabras, y cuando se detuvo, le pregunto por algo que le había llamado la atención:

- ¿Qué quieres decir con "Sustituta"?
- Para salir de aquí. - Respondió Jennifer con voz seria y apagada. - Necesitas que otra persona te sustituya, por esa razón, cuando me cogiste en la tienda, y me compraste, supe que eras mi salvación, pero las cosas no salieron como yo me esperaba.
- ¿Qué quieres decir con eso? Pregunto Verónica.
- Todo se complicó. - Respondió Jennifer muy tristemente como estuviera hablando sola. - Y todo porque soy demasiado débil, no he podido controlar los poderes de este lugar.
- ¿De que poderes hablas? Pregunto Verónica extrañada.
- ¿Recuerdas que la muñeca me hablaba, y caminaba por su cuenta? Pregunto.

Verónica asintió.

- Eso es por este lugar.- Respondió.- Este lugar hace que podamos controlar a la muñeca, la anterior a mi sabia hacerlo perfectamente, pero a mi no se me ha dado tan bien como a ella.- Y luego con una voz más decaída añadió.- Cuando me llevaste a tu casa, y me pusiste en la estantería, intente hablar contigo, pero no me oías, no oías nada de lo que decía, tu mente era demasiado fuerte para mí. Cuando ocurrió eso, perdí toda esperanza.- Se detuvo un momento, lanzando un breve suspiro y añadió.- Pero al día siguiente, vi entrar a un chico, y el sí me oía.- Dijo con un tono mas alegre y añadió.- Intente abalanzarme sobre él, pero ni siquiera llegue a moverme, lo único que conseguí fue caerme de la

estantería, y antes de que me pudiera dar cuenta, el chico ya se había ido, había salido corriendo de la habitación.

- Aquel chico es mi novio Daniel. Respondió Verónica mientras sentía lastima por no haberle creído, pero esa lastima acabo desapareciendo rápidamente.

A Jennifer no pareció importarle aquel dato, ella siguió hablando:

- Cuando aquel chico se marchó, perdí de nuevo toda esperanza. - Dijo con la voz un poco decaída. - Pero entonces tu viniste de nuevo, me colocaste en la estantería, y mientras me acariciabas el cabello, algo ocurrió, no sé qué fue, pero supe que podía hacerlo. Conseguí dormirte, y yo conseguí moverme, conseguí elevarme hasta caer en el suelo. - Se detuvo y al rato, añadió con una voz más seria y alegre. - Cuando llegué al suelo, tuve una idea para traerte aquí. Reviví a tus muñecas con la idea de que me ayudaran a traerte aquí, pero no fue fácil, muchas de las muñecas se rompieron en mitad del conjuro, y otras muchas se me rebelaron, no tenía tanto poder, pero al final conseguí controlar a unas pocas, y acabamos destruyéndolas, pero luego las cosas se complicaron aun más, no tuve en cuenta a tu madre en mis planes.- En este punto, Jennifer comenzó a llorar.- ¡No quería matarla Verónica, te lo juro, mi plan era esperar a que te despertaras, y cuando lo hicieras te traería aquí con ayuda de las muñecas, pero tu madre llego, nos vio, y todo se complicó, no nos dio opción!- Se detuvo para apartarse las lágrimas que corrían por sus mejillas y añadió seriamente.- El resto de la historia, ya lo sabes.

Verónica no daba crédito a lo que acaba de oír, no se creía el hecho de que una "Persona" estuviera justificando la muerte de su madre. Tenía ganas de llorar, no podía evitar sentir odio hacia Jennifer, sintió de nuevo el deseo de abalanzarse hacia ella y matarla por todo lo que había dicho, pero todos aquellos sentimientos volvieron a desaparecer.

Cuando termino de hablar, Jennifer se puso de pie, y dijo:

- Siento mucho lo de tu madre, de veras, pero compréndeme, quiero salir de aquí. - Y luego mientras se desplazaba hacia Verónica, añadió. - Te he dicho como funciona este lugar y los poderes que puede llegar a otorgar, espero que puedas llegar a controlarlos mejor que yo. - Luego, se alejó unos pocos pasos y se volvió hacia ella. - También espero, que logres encontrar a alguien pronto para que puedas morir en paz.

Una vez dicha aquellas palabras, Jennifer miro hacia arriba, contemplo la oscuridad durante un rato y grito:

- ¡He encontrado a mi sustituta!

Una vez dicho eso, una luz aparecio sobre ella y a los pocos segundos, comenzó a evaporarse y a desaparecer, y mientras lo hacía, dirigió su

mirada hacia Verónica y le dijo:

- Te deseo toda la suerte del mundo, y espero que estés aquí poco tiempo.

Una vez dicha aquellas palabras, Jennifer desapareció, dejando a Verónica sola en la oscuridad.

Cuando se marchó, Verónica sintió como todos sus sentimientos volvían a ella. Entonces, se apoyó en la mesa, y comenzó a llorar.

La desaparición de Inés y Verónica formó un gran revuelo días después. La policía no encontró nada en la casa que ayudara con la investigación. Los vecinos llegaron a pensar que seguramente, debido a la muerte de su hijo menor, ambas se habrían marchado en plena noche para hacer sus vidas en otro lugar, pero ese pensamiento duró poco tiempo. La gente acabó olvidándose de Inés y de Verónica, olvidaron todos los recuerdos que tenían de ambas, como si nunca hubieran existido, ni siquiera Daniel se libró de aquella desgracia.

Todo el mundo las olvidó, excepto, una persona.

Capítulo 10

La anciana camino por la calle de regreso a su tienda, había decidido salir para dar un paseo, pero ahora, a su regreso, venia con algo en las manos.

Llego a su tienda, la abrió, y entro.

Se acerco con pasos lentos hacia su mostrador, y soltó el objeto que había conseguido en su paseo. Cuando lo hizo, se dirigió un momento hacia una pequeña habitación que había detrás del mostrador, se quito el abrigo, y se puso la misma ropa que llevaba cuando conoció a Verónica.

Cuando lo hizo, volvió hacia el mostrador, caminando despacio y con ayuda de su bastón. Cogió de nuevo el objeto con la mano que tenia libre, y camino por uno de los muchos pasillos que tenía en su tienda.

Cuando llego al final de dicho pasillo, coloco el objeto en un pequeño hueco de una estantería.

Al hacerlo, la anciana comenzó a reírse. Aquel hueco había pertenecido a una muñeca, hasta que una joven entro, y la compro. Ahora, estaba siendo de nuevo ocupada por una muñeca.

Al ponerla en la estantería, la anciana comenzó a observarla.

Era una muñeca pálida de piel, con ojos castaños, y con un bonito pelo rubio recogido con una gomilla de color morado. La muñeca, a diferencia de la anterior, vestía ropa que utilizaban los jóvenes actualmente. Llevaba un chaleco de manga larga de color gris, unos pantalones vaqueros, y unos botines negros de deporte, y a diferencia de la anterior, esta muñeca era mucho más bella.

La anciana le acaricio una de sus mejillas con su mano llena de arrugas y mientras lo hacía, dijo:

- Me alegro de volver a verte Verónica.

Entonces, la anciana, se giró, y comenzó a caminar hacia su mostrador, dejando aquella muñeca sola, en aquel oscuro pasillo, llorando y esperando a que alguna persona apareciera, para convertirla en su sustituto.

FIN